

SEMIOCAPITALISMO Y ESQUIZOFRENIA. UNA LECTURA DE LA TEORÍA DEL «DOBLE VÍNCULO» (GREGORY BATESON)

Borja GARCÍA FERRER

Resumen

En aras de promover el «principio del placer» como nuevo imperativo social, la forma dominante del Capitalismo occidental trae consigo, gracias al desarrollo vertiginoso de los medios de reproducción, un paraíso artificial de tecnicidad y virtualidad. Es la explosión de la infoesfera, una sobrecarga de estímulos informativos que delimita el campo de lo visible y lo invisible, privilegiando la imagen como *leitmotiv* de la era postalfabética. En este contexto, proponemos un marco conceptual para pensar la esquizofrenia donde las situaciones de «doble vínculo» (Bateson) desencadenan, en el universo cultural de la comunicación tecnomediática, inquietantes fenómenos de ficcionalización que diluyen el límite entre lo literal y lo metafórico, en lo que constituye una mutación cognitiva de la humanidad sin precedentes históricos.

Palabras clave: Semiocapitalismo; infoesfera; imagen; «doble vínculo»; esquizofrenia.

Semiocapitalism and Schizophrenia. An Interpretation of the «double bind» Theory (Gregory Bateson)

Abstract

In order to foster the «pleasure principle» as a new social imperative, the dominant form of Western Capitalism brings with it, thanks to the fast-paced development of means of reproduction, an artificial paradise of technicality and virtuality. It's the explosion of infosphere, an overload of informative stimuli that defines the fields of the visible and the invisible, giving priority to image as the leitmotif of the postliterate age. In this context, we propose a conceptual framework to think about schizophrenia, where the «double bind» situations (Bateson) trigger, in the cultural universe of techno-mediatic communication, disturbing fictionalization events that dilute the boundary between the literal and the metaphorical, which constitutes a cognitive mutation unprecedented in the history of mankind.

Key words: Semiocapitalism; infosphere; image; «double bind»; schizophrenia.

1. Introducción: Declaración de intenciones y circunstancias

El objetivo del presente trabajo es repensar el binomio cultura/malestar sobre la base de la especificidad irreductible de la comunicación en el proceso de transformación social, con el afán de descubrir el máximo denominador común implícito en una gran diversidad de fenómenos patológicos, esto es, el síndrome esquizofrénico, su etiología y su sintomatología o *phenomenology*, en términos de la literatura psiquiátrica anglosajona. Obviamente, no pretendemos agotar todos los interrogantes que plantea, como el «estado de adaptación» preesquizofrénico o el colapso psicótico, sino arrojar un poco de luz sobre su «epidemiología», en el marco de un proyecto más amplio sobre su naturaleza y terapia. Tampoco nos interesa la mera descripción de la esquizofrenia, en el sentido de la tradición psicopatológica y su erudición microscópica. Se trata de alcanzar el mayor grado posible de generalización, interpretando los datos en un lenguaje abstracto capaz de abarcar el vocabulario y los conceptos implícitos y explícitos en nuestra propia cultura, en lugar de acumular minuciosamente masas de observaciones sobre aspectos biográficos específicos.

Desde esta óptica, partimos de los mismos presupuestos que el análisis existencial cuando diferencia, en el empeño por fundamentar su *episteme*, dos dimensiones de la enfermedad (el contexto o proceso etiopatogénico, que no se muestra desde sí, y las manifestaciones externas y visibles, que anuncian la perturbación en cuestión), rebasando la perspectiva «ser-ante-los-ojos» (*Vorhandensein*) de la ciencia empírica en aras de abrazar la cosa misma, la intimidad de su compleja estructura. En efecto, seguimos el camino inverso al del psicoterapeuta, pues mientras nuestro análisis desciende desde una visión sintética de la totalidad hasta estructuras concretas, su método analítico-condicional analiza factores aislados antes de abordar estructuras más complejas. Y es que, aunque reconocemos que existen, como en toda patología, numerosos factores involucrados en su etiología (características y posibilidades hereditarias, intensificantes, etc.), estamos convencidos de que la sucesión de secuencias traumáticas radica, al menos en el caso de la esquizofrenia, en las circunstancias especiales donde tienen lugar y se desarrollan, del mismo modo que comprender una enfermedad bacteriana exige identificar las bacterias.¹

Ahora bien, la esquizofrenia no acontece *en* un contexto en el sentido de la física y la química, donde contexto y enfermedad ostentan, respectivamente, la condición

¹ En lo que por aquel entonces consideraba el ecuador de su vida, las consideraciones de Nietzsche, en su condición de fisiólogo, sobre la influencia decisiva de la alimentación, el lugar o el clima sobre el metabolismo, la salud y la enfermedad (vale decir, «la voluntad de poder»), ofrecen «vivo» testimonio de nuestro punto de vista, en el sentido literal del término. Cfr. F. NIETZSCHE, *Ecce Homo*. Madrid: Alianza, 2005. Para entender la importancia del contexto para el desarrollo y la terapia de toda patología, nos remitimos a la obra precursora del nuevo rumbo social en psiquiatría y en la conciencia pública española: Cfr. C. CASTILLA DEL PINO, *Un estudio sobre la depresión. Fundamentos de antropología dialéctica*. Barcelona: Península, 1989.

de variable «dependiente» e «independiente» o «determinante», sino que, bien pensada, forma *parte* constituyente del subsistema ecológico que denominamos «contexto». En este sentido, la esquizofrenia no radica en un conjunto de cambios adaptativos, pues la lógica de la adaptación es diferente de la lógica que rige la evolución del contexto. Las patologías de los procesos sistémicos responden, en realidad, a la constancia relativa entre un sistema mayor y sus subsistemas constituyentes, a saber, cuando uno de los términos vinculados experimenta un cambio adaptativo sin ser corregido por el otro.

2. De la castración simbólica al exceso de visibilidad («hipervisión»)

Tradicionalmente, los gobernantes, el mundo comercial y los hombres de ciencia han entendido que las cuestiones humanas responden invariablemente a un patrón determinado por la finalidad consciente. Sin embargo, la evolución del modo de producción capitalista pone de manifiesto, bajo la égida del *neuromarketing*, el papel fundamental que juegan los procesos inconscientes de cara a conquistar el «mundo de la vida» (*Lebenswelt*), hasta el punto de que la célebre metáfora del inconsciente como *fábrica* de los comportamientos que todos escenificamos se torna realidad, en perjuicio de su condición de «teatro» donde cada actor interpreta el guión escrito por el caudillo de turno. De tal suerte que el deseo se constituye, en su condición de producto determinado por el poder establecido (es decir, como manifestación de su organización molar), como fuerza motriz de la sociedad, a costa de la creatividad donde funda su autonomía según el creacionismo deleuze-guattariano: «El deseo es el conjunto de síntesis pasivas que maquinan los objetos parciales, los flujos y los cuerpos, y que funcionan como unidades de producción. De ahí se desprende lo real, [...] como producción del inconsciente».²

Frente al modelo moderno, autoritario y persuasivo de política, concebido por Maquiavelo y llevado hasta el extremo por los totalitarismos del siglo XX, las tecnologías del poder ya no pivotan, desde este prisma, sobre una fuente de información privilegiada, la represión ideológica y la renuncia personal. Lejos de favorecer la censura, en la medida en que definen la naturaleza del deseo en términos de carencia y dependencia, los procesos de subjetivación erótica a cargo del poder biopolítico, *desterritorializado* (en el sentido que abandona los territorios «originales» para atravesar, cada vez más

² G. DELEUZE y F. GUATTARI, *El Anti Edipo. Capitalismo y esquizofrenia*. Barcelona: Paidós, 1998, p. 33. Desde este prisma, hemos analizado en un trabajo anterior las nuevas tecnologías del poder para someternos a una subjetivación coactiva y heterodirigida, en un horizonte marcado por la ilusión de autonomía, la innovación y la seducción. Cfr. B. GARCÍA FERRER, «De las máquinas totalitarias al "Capitalismo emocional". Consideraciones en torno a la "impostura de la desinhibición"». *Agora: papeles de Filosofía* [Santiago de Compostela], 34, 1, 2015, pp. 189-211.

velozmente, las estratificaciones materiales y mentales)³ y difuso (no va de un punto a otro sino que deviene perpetuo, sin salida ni llegada, con la capacidad de emerger en cualquier punto), penetrante e invasivo del presente promocionan el «principio del placer» hasta el paroxismo, erigiendo el impulso de gozar como nueva forma de imperativo social.⁴ Por consiguiente, se impone la necesidad perentoria de rebasar el campo problemático delimitado por Freud en el *Nuevo malestar en la cultura* (1929) pues, a la altura del presente, es difícil imaginar unas condiciones más favorables para desarrollar nuestras potencialidades libidinales, a pesar de las crisis comerciales cuyo retorno periódico cuestiona aparentemente, desde sus orígenes en la sociedad burguesa hasta el estado actual de su desarrollo, la marcha triunfal del modo de producción capitalista, a tenor de las epidemias sociales que traen consigo.⁵ Se trata, hablando en términos biopolíticos, de desplazar el centro de gravedad desde las viejas máquinas energéticas, encargadas de modelar las instituciones y el discurso público en las sociedades disciplinarias, hasta los dispositivos de control biopolítico tal y como los presenta Foucault en sus seminarios de 1979, más allá de sus averiguaciones en torno a la genealogía de la Modernidad (*Historia de la locura, El nacimiento de la clínica, Vigilar y castigar*), todavía marcadas por el paradigma de la sublimación represiva social.

Ahora bien, por oposición a la moda predominante en la esfera intelectual y sus profetas de la ruptura absoluta, somos conscientes de que toda novedad presuntamente decisiva reclama la referencia cronológica del pasado.⁶ Decadencia de lo anterior o fuerza renovadora, discontinuidad o continuidad renovada, peripecia eventual o desti-

³ Así entendido, el concepto de *desterritorialización* supera el determinismo económico que lo caracteriza a juicio de la ciencia geográfica, en cuanto «desenraizamiento que se desdobra en el plano de la producción (la fábrica global), de la tecnología (medios de comunicación) y de la cultura (imaginarios colectivos transnacionales)». Además de capitales que «fugan» y «fluyen», recursos naturales privatizados o la distribución global de la cadena de producción de las empresas transnacionales, la *desterritorialización* conlleva la desarticulación del territorio en su condición de espacio común donde se materializan las prácticas culturales, delimitando las fronteras entre «nosotros» y los «otros». Cfr. M. T. HERNER, «Territorio, desterritorialización y reterritorialización: un abordaje teórico desde la perspectiva de Deleuze y Guattari». *Huellas* [Santa Rosa], 13, 2009, pp. 158-171, pp. 169-170. En este sentido, la *desterritorialización* implica necesariamente una *reterritorialización*, es decir, la construcción de un nuevo espacio-tiempo y un nuevo movimiento; como reza el primer teorema de *desterritorialización* o proposición maquínica: «no hay que confundir la reterritorialización con el retomo a una territorialidad primitiva o más antigua: la reterritorialización implica, forzosamente, un conjunto de artificios por los que un elemento, a su vez desterritorializado, sirve de nueva territorialidad al otro que también ha perdido la suya». G. DELEUZE y F. GUATTARI, *Mil Mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-textos, 2002, p. 180.

⁴ Por oposición a la *eudaimonia* griega y la doctrina cristiana, el concepto de felicidad establecido se desmarca definitivamente de la negatividad (ausencia de dolor, dominio de sí y superación de las pasiones) y del más allá en beneficio de la vulgaridad más trivial, de tal manera que experimentamos, a partir de la Revolución Francesa y, especialmente, desde Mayo del 68, una compulsión patológica por conseguir la felicidad a cualquier precio, hasta tal extremo que surge una masa creciente de marginados sociales: los que sufren. Cfr. P. BRUCKNER, *La euforia perpetua. Sobre el deber de ser feliz*. Barcelona: Tusquets, 2001.

⁵ Cfr. K. MARX y F. ENGELS, *Manifiesto del partido comunista*. Madrid: Mestas, 2007, pp. 29-30.

⁶ Cfr. G. LIPOVETSKY, *La era del vacío. Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama, 1990, pp. 79-85.

no global, lo cierto es que asistimos a una transformación general y profunda a escala social, un nuevo tipo de cultura que nace de la Modernidad, en el sentido de los análisis de Daniel Bell sobre el funcionamiento del Capitalismo.⁷ De hecho, el hedonismo contemporáneo hunde sus raíces, es curioso, en la crisis cultural desencadenada con la identificación entre belleza y contingencia según Baudelaire, consagrada por la lógica artística desarrollada entre 1880 y 1930 (Rimbaud, Jarry, Joyce, etc.), en base a la negación de la tradición y la destrucción violenta del orden oficial, por un lado, y el culto a la novedad, el cambio y la renovación total, por otro. Paradójicamente, el proceso de «negación sin límites» (Adorno) que funda la «tradición de lo nuevo» (Rosenberg) señala el comienzo de una «revolución cultural» contra el espíritu burgués, reivindicando con virulencia el placer, la exaltación individual y el desenfreno de los impulsos frente al Capitalismo clásico, su moral protestante-ascética y sus valores del trabajo, el ahorro y la moderación. A pesar de mostrarse reacio en un principio a la hora de extrapolar al orden sociocultural (disciplinario, autoritario y, en los Estados Unidos, puritano) la revolución de la producción y los intercambios en el ámbito económico, con la difusión a gran escala del crédito, la publicidad, la moda, los *mass media* y, en definitiva, el consumo de masas, el denominado «Capitalismo virtual» ha terminado elevando el hedonismo, hasta entonces patrimonio exclusivo de las élites artísticas e intelectuales, al rango de principio axial de la vida cotidiana, demostrando una vez más su sorprendente capacidad para fagocitarlo todo.⁸

Así pensada, la liberalización del *eros* colectivo no responde, para desgracia de Marcuse, a la capacidad emancipatoria de la subjetividad crítica sino, más bien, al desarrollo vertiginoso de la tecnología, profusamente alimentado por los intereses espurios del Capital; en palabras de Baudrillard: «La especie humana podría estar dedicándose a una suerte de escritura automática del mundo, a una realidad virtual automatizada y operacionalizada, donde los seres humanos como tales no tienen motivo para seguir exis-

⁷ Cfr. D. BELL, *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Madrid: Alianza, 2004.

⁸ De aquí la tesis del Capitalismo como «Todo unitario» cuya perfecta dialéctica conlleva el «fin de la historia», esa superación (ficticia) de las contradicciones que termina potencialmente con toda fuerza histórica de subversión. Cfr. F. FUKUYAMA, *El fin de la historia y el último hombre*. Barcelona: Planeta, 1992. Sirva como botón de muestra la claudicación del «factor subjetivo» (Trotsky) en la izquierda política, ilustrada ejemplarmente por el desenlace de la socialdemocracia. El progreso electoral experimentado por el movimiento obrero entre 1880 y 1914 y sus conquistas laborales en la totalidad del orbe alimentaron la esperanza de una revolución pacífica, sin tocar la propiedad capitalista. Sin embargo, la realidad ha destruido cruelmente semejantes expectativas. Por suerte o por desgracia, la democracia no ha terminado siendo la «forma específica» de la dictadura del proletariado, como quería Engels, sino que el parlamentarismo funciona como una válvula de seguridad del Capitalismo, en un marco político que excluye por principio cualquier transformación radical de la sociedad. Convertidos en notabilidades y caciques, los diputados socialistas han descubierto que los trabajadores no tienen conciencia de la necesidad que supone la revolución y desean simplemente la mejora inmediata de sus condiciones de vida, por lo que se dedican a negociar el margen de mejora compatible con las posibilidades de la economía capitalista. Cfr. B. GARCÍA FERRER, «Del obrero alienado al «ser-en-el-zombi». Sobre el nuevo malestar del *homo laborans* en el Capitalismo post-industrial». *Astro-labio. Revista Internacional de Filosofía* [Barcelona], 17, 2015, pp. 172-182, p. 179.

tiendo. La subjetividad humana se convierte en un conjunto de funciones inútiles, tan inútiles como la sexualidad para los clones. De forma más general, todas las funciones tradicionales (las funciones críticas, políticas, sexuales y sociales) se vuelven inútiles en un mundo virtual. O sobreviven solo en la simulación, al igual que el culturismo en una cultura desencarnada, como funciones de burla o coartadas. Parece como si fuéramos conducidos por una inmensa e irresistible compulsión que actúa sobre nosotros a través del progreso de nuestras tecnologías (ampliándose, por ejemplo, en lo que llamamos “autopistas de la información” y que podríamos llamar “autopistas de la desinformación”)).⁹

Contemplado en perspectiva histórica, el cambio de signo del imperativo sostenido por nuestro «super-yo» con respecto al freudiano es inseparable, en efecto, de las dinámicas políticas, productivas y comunicativas que expanden su influencia, desde la informatización y la revolución microelectrónica, en la plenitud de su pujanza. Como sugiere el trabajo esquizoanalítico de Guattari, la proliferación de los instrumentos de comunicación se sigue de la explosión de los límites neuróticos que sometían la expresión, bajo el signo del Capitalismo industrial, al trabajo y la supresión disciplinaria. De hecho, si el devenir contemporáneo de las formas productivas es incomprensible, como sabemos por Baudrillard, sin atender a la producción comunicativa y significativa,¹⁰ es porque el estallido expresivo de la sociedad estriba en una «esquizomorfosis» de la explotación capitalista que integra semiótica y economía en función de la lógica devoradora de la producción de valor. La consolidación planetaria de la sociedad de la información ha tenido, en efecto, consecuencias que niegan la democratización prometida por Benjamin. Erigida como máximo exponente de la ingeniería social contemporánea en su exhaustivo empeño por configurar la mente colectiva, la «hiperestimulación» semiótica registra todo el organismo biosocial, saturando sin paliativos, a un ritmo decididamente vertiginoso, la atención, la conducta, las expectativas y las decisiones políticas en nombre del Capitalismo avanzado, postindustrial e hiperconsumista.

El contexto antropológico y tecnológico que permite entender, más allá del paradigma represivo y disciplinario, la remodelación capitalista del campo de la producción, consiste en un universo semiótico en ebullición, un exceso infinito de infoestimulaciones que impregna cada nicho de la existencia y del imaginario; el régimen infocrático del semicapital funda su poder en la sobreproducción, y hace proliferar las fuentes de información hasta hacerlas indistinguibles. Pero la masificación del producto semiótico sería impensable sin la difusión telemática y la proliferación de redes cada vez más

⁹ J. BAUDRILLARD, *La ilusión vital*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002, p. 56.

¹⁰ Cfr. J. BAUDRILLARD, «Réquiem por los media», en *Crítica de la economía política del signo*. México: Siglo XXI, 1999, pp. 194-223.

complejas para distribuir la información, la transformación cultural, postmoderna y barroca de la producción comunicativa y los fenómenos económicos, políticos y sociales concomitantes, como la privatización de la infoesfera, la superación (con matices) de la «brecha digital» o la universalización de las superproducciones hollywoodianas *high-tech*.

En los primeros compases de la sociedad de la información, cuando las tecnologías electrónicas de la comunicación y la transmisión en tiempo real apenas comenzaban a saturar el mundo con su presencia, los *mass media* eran una propiedad común, administrada por el gobierno en favor de los ciudadanos, sin fines comerciales, comunicativos o culturales. Pues bien, aunque todavía es posible obtener una licencia de los gobiernos locales para acceder a las ondas, hace tiempo que las empresas multinacionales aumentan su protagonismo en el sector de la comunicación, hasta el punto de que podrían monopolizarlo en un futuro próximo. De tal suerte que todas las frecuencias pertenecerían a un restringido *pool* de corporaciones, concedidas a cambio de dinero como propiedad electrónica privada. Una vez consumado su dominio, los colosos mediáticos mundiales configurarían a su antojo la actividad mental de la humanidad, mediante la producción industrial y la emisión ininterrumpida de fantasmas virtuales transferibles por vía electrónica.

Otro hito fundamental en la metamorfosis de la esfera productiva es la popularización de los instrumentos de producción tecnocomunicativa. Ciertamente, los medios encargados de difundir los mensajes a través de su reproducción técnica han sido determinantes para todas las sociedades. En la Modernidad, por ejemplo, la invención de la imprenta por el ingenio de Gutenberg contribuyó decisivamente al desarrollo de las artes y las ciencias, la formación de una burguesía productiva o la praxis masiva de la política. Análogamente, la transformación del sistema global de información y, por ende, del imaginario colectivo a lo largo del siglo XX sería impensable sin las tecnologías reproductivas de la imagen y el sonido en su inaudita capacidad para difundir estímulos infonerviosos a gran escala, primero electrónicamente y luego en formato digital. No obstante, la producción semiótica ha permanecido inaccesible durante largo tiempo para la mayor parte de la población, dado que los instrumentos técnicos que permiten su difusión requerían un desembolso económico demasiado elevado, así como conocimientos técnicos con un grado de complejidad reservado a los especialistas. A partir de la década de los sesenta, el coste de los medios de reproducción se torna más asequible y, como resultado, se convierten en un fenómeno de masas, con efectos socioculturales más o menos positivos pero, en cualquier caso, irreversibles.

Con todo, a pesar de su aparente omnipotencia, el nuevo Capitalismo virtual no ha logrado superar, al abrigo de las nuevas tecnologías de la información, sus sempiternas contradicciones internas, en detrimento de su lógica acumulativa, tendencialmente insaciable *ad infinitum*. En la medida que alcanza niveles de sofisticación y rendimien-

to como el sistema virtual de redes e información, podría decirse que el sistema capitalista sigue produciendo, parafraseando a Marx, sus propios sepultureros, pues su teórica evolución obedece a una aceleración centrífuga que todo lo transversaliza, por concurso de acontecimientos perversos e inversiones irónicas, corrientes y turbulencias con efectos caóticos.¹¹

Por una parte, la utilización de los medios orientados a reproducir los intereses del poder dominante, para fusionar la intencionalidad política subversiva con la experimentación artística, revela que la transformación estructural de la producción comunicativa representa, como ilustra su incidencia social en la historia reciente de Italia, un proceso ambivalente.¹² En los años sesenta, la grabadora y el ciclostilo concernían marginalmente a las culturas *underground* y, sobre todo, al asociacionismo político (la repercusión alcanzada por los mensajes políticos del 68 sería impensable sin la sensibilización informal, salvaje y autogestionada que favorecieron). En los setenta, surgen instrumentos con mejores prestaciones, más manejables y menos costosos. La fotocopiadora trajo consigo la duplicación simple en ambientes reducidos, locales y comunitarios; de aquí la gran difusión de la cultura *punk*. La offset permitió realizar un mayor número de copias y la cuatrimonía, brindando la posibilidad de componer publicaciones «transversales», alegres e imaginativas al movimiento autónomo creativo (por ejemplo, *A/traverso*, *ZUT* y otros diarios, documentos y fanzines). La transmisión radiofónica de bajo coste influyó en el reconocimiento cultural de un sector irregular del proletariado y, posteriormente, como forma de autoorganización política alternativa, duradera y eficaz. Por último, el videocasete comenzó a circular en colectivos reducidos de videomitantes, sembrando la semilla de la crítica difusa de la televisión en los noventa.

Por otra parte, no debemos ignorar las dificultades educativas, étnicas o de género en el empeño del Capital por conquistar, al abrigo de las tecnologías de la aceleración absoluta, la esfera sociocultural a nivel planetario. Por ejemplo, la carencia de energía sigue siendo uno de los mayores problemas de los países menos desarrollados, afectando aproximadamente a 1.600 millones de personas, un cuarto de la población mundial. Así pues, la «divisoria digital» (Manuel Castells) continua vigente, aunque sea en

¹¹ Baudrillard denomina «ironía objetiva» a la tendencia autoaniquilante del sistema capitalista, desregulado por medio de su autorrealización y la mera inversión automática. Se trata, no obstante, de una ironía que repercute en todas las estructuras técnicas y humanas, ya sean políticas, sociales o económicas. Según el sociólogo francés, todo sistema tiende a deconstruirse por su propia sistematicidad, de tal manera que, cuando logra la perfección, alcanza su punto de ruptura e implosiona todo. Este principio autodestructivo es operativo en los medios de comunicación y multimedia, pero también en el ámbito religioso, sexual o científico, donde el número de contraestrategias de falsificación, evasión y desaparición inventadas por el objeto es directamente proporcional al empeño humano por representarlo experimentalmente. Por lo demás, el comportamiento del objeto es doblemente irónico, en el sentido de que aborta la voluntad del individuo por representar lo que es, por definición, irrepresentable. Cfr. J. BAUDRILLARD, *La ilusión vital*. Op. cit., pp. 66-69.

¹² Cfr. F. BERARDI, *Generación post-alfa. Patologías e imaginarios en el semiocapitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón, 2007, pp. 167-169.

ese sector de «población superflua» cuya existencia solemos pasar por alto, para usufructo del poder constituido. Incluso en Occidente, existe un desfase evidente entre el progreso ilimitado del ciberespacio en términos de formato, velocidad y potencia, y la capacidad de nuestras facultades emotivas y cognitivas, por razón de lo cual se torna prácticamente imposible, como prueba la masa creciente de «analfabetos digitales», mantenerse actualizado, en lo que constituye una barrera insuperable al acceso a la información real y a los verdaderos acontecimientos históricos.¹³

3. Semiocapitalismo y cultura: la pregunta por la imagen

Si bien es cierto que el futuro del *marketing* apunta, en su empeño por explotar nuestro sistema afectivo, hacia territorios inauditos para la ciencia económica,¹⁴ la infocracia contemporánea sigue otorgando a la imagen un papel privilegiado en el proceso de hiperestimulación semiótica que todos padecemos, a costa de la disolución del universo alfabético donde la cultura occidental había desarrollado principalmente su actividad intelectual, reduciendo las representaciones visuales a ilustraciones de segundo nivel de las ideas.¹⁵ Y es que, como prueba el éxito rotundo de los medios visuales en el proceso de globalización cultural, las imágenes activan cadenas cognitivas, conductuales y mitopoiéticas con mayor recorrido que la palabra hablada o escrita. Desde este punto de vista, la fórmula de la «época de la imagen» del mundo (Heidegger) mantiene toda su actualidad, toda vez que la manipulación de la mente colectiva por esta vía se muestra más efectiva que nunca bajo la égida del Capitalismo virtual, más allá de las prácticas de difusión implementadas durante siglos por la Iglesia católica o el islam¹⁶.

Llegados a este punto, nuestra hipótesis de periodización histórica demanda examinar la proyección efectiva del dispositivo semiocapitalista sobre el imaginario, es decir, el nexo que vincula los ámbitos de la comunicación y la cultura. Para dilucidar las re-

¹³ Cfr. *ibíd.*, pp. 175-180.

¹⁴ A pesar de atravesar una fase embrionaria de su desarrollo, los ejecutivos del Capital han averiguado por medio de la nueva investigación de mercados que, aproximadamente, el 90% de los comportamientos consumistas responden a la activación de fases cerebrales vinculadas con el placer, el ego, el reconocimiento social, etc. (por ejemplo, el sentimiento de placer que experimentamos tras consumir un determinado producto es activado por un sistema de recompensas que implica el «striatum ventral»). Desde esta perspectiva, aspectos como la luz o el color pueden estimular las ventas sensiblemente, como sugiere el auge de la seducción a través del tacto o el olfato en los bienes y servicios que requieren un alto nivel adquisitivo. Cfr. B. GARCÍA FERRER, «De las máquinas totalitarias...». *Op. cit.*, pp. 208-209.

¹⁵ Cfr. N. MIRZOEFF, *Una introducción a la cultura visual*. Barcelona-Buenos Aires: Paidós, 2003.

¹⁶ En un trabajo precedente, hemos intentado mostrar, desde esta óptica, la erección de las «imágenes-mercancías», favorecidas por su «anorexia inmaterial», como principio trascendental de la realidad, en lo que constituye un proceso de «des-ontologización» sin parangón, una «revolución espacial» por concurso de la cual el *tópos* se torna *trópos*, con repercusiones irreversibles, por razón del «desarraigo» que constituye su corolario, en la constitución postmoderna de la subjetividad y el sistema de valores que había regido su existencia hasta entonces. Cfr. AUTOR, 2015.

laciones conflictivas, intrasistémicas e intersistémicas, entre las informaciones y sus receptores humanos, lo primero que debemos diferenciar es el *mediascape* o sistema mediático encargado de enviarnos señales en diversos formatos y la infoesfera, esa interfaz inmaterial donde los flujos semióticos interactúan con nuestras mentes, las cuales reciben y elaboran nuevos procesos de emisión, favoreciendo la evolución constante del *mediascape*. En este contexto, la fórmula «vida = devoración pura» ofrece la mejor perspectiva para entender los vínculos ortodoxos y heterodoxos entre ambas esferas, entendidos como procesos vivos desplegados en el espacio-tiempo.¹⁷

Vilém Flusser ilumina con claridad meridiana el mejor camino para explorar dicho punto de partida, cuando contrapone dos estratos en la infoesfera: «Las cosas duras (*harte Dinge*) en nuestro medio ambiente comienzan a ser arrinconadas (*verdrängt*) por no-cosas blandas (*weiche Undinge*): *hardware* por *software*. Las cosas se van retirando del centro de interés, que pasa a concentrarse en las informaciones. [...] Informaciones como imágenes en la pantalla de televisión, datos memorizados en el computador, programas almacenados en robots, microfilms y hologramas...».¹⁸ De hecho, los procesos millonarios motivados por el agravio de imágenes públicas e instituciones pone de relieve que, a la altura del presente, la imagen no solo disfruta de un estatus jerárquico idéntico al de los seres humanos de carne y hueso sino que, además de ocupar nuestro espacio y consumir nuestro tiempo: «Las imágenes aspiran a una existencia autónoma, [...] pretenden constituirse en instancia colectiva autárquica, independientes de sus creadores y sustitutivas de los mismos».¹⁹ Por su parte, Dietmar Kamper tiene el mérito de extraer las consecuencias del diagnóstico flusseriano con su concepto de «órbita de lo imaginario», ese universo crepuscular de imágenes autosuficientes y autorreferentes cuyos orígenes permanecen ajenos a la memoria colectiva.

La conversión del sistema mediático electrónico en nuestro humus natural trae consigo, como denuncian McLuhan, Simondon o Baudrillard, una crisis irreversible de los paradigmas tradicionales del humanismo moderno, los valores dialógicos universalistas y el pensamiento lógico-crítico, como prueban el progresivo declive de la izquierda política, el florecimiento de formas culturales identitarias o la «disneyficación» del imaginario colectivo, toda vez que está dominado por una amalgama de configuraciones mitológicas sin antecedentes. A decir verdad, la revalorización del mito en la cultura contemporánea ha favorecido la adquisición de competencias cognitivas insospechadas, pero también

¹⁷ Cfr. N. BAITELLO, «Las cuatro devoraciones. Iconofagia y Antropofagia en la comunicación y en la cultura». *Comunicación. Revista Internacional de Comunicación Audiovisual, Publicidad y Estudios Culturales* [Sevilla], 2, 2004, pp. 159-168, p. 160.

¹⁸ V. FLUSSER, *Medienkultur*. Frankfurt: Fischer, 1997, p. 187.

¹⁹ N. BAITELLO, *op. cit.*, p. 161. Esta relación de sustitución es visible en una arqueología de la imagen, como retrato, efígie y reemplazo de los cuerpos. Cfr. H. BELTING, *Der zweite Blick. Bildgeschichte und Bildreflektion*. Múnich: Fink, 2000, p. 8.

comporta un efecto de homogeneización del imaginario prácticamente universal. De aquí el conformismo preponderante en los consumos y formas de vida (apenas disimulado por la fusión y el mestizaje), la desvalorización de los proyectos de sentido y el desfallecimiento de la imaginación (*Einbildungskraft*) cognitiva, creativa, ética y estética en la generación videoelectrónica y digital, es decir, la *afánisis* de su función simbólica.²⁰

Como sugiere Flusser en su célebre ensayo sobre la fotografía, entendida como «acto trascendental» y, en este sentido, paradigma tecnológico de la producción y difusión de información significativa en la «era tecnográfica», si el hombre «*ek-siste*» (Heidegger), no es porque accede al mundo de forma inmediata sino debido, por el contrario, a que depende de las imágenes, a modo de mapas orientativos, para poder habitarlo. Efectivamente, las imágenes son superficies que significan (en el mayor número de los casos) algo «exterior», y tienen la finalidad de hacerlo transparente para nosotros, reduciendo sus cuatro dimensiones de espacio y tiempo a las dos dimensiones de un plano.²¹ Por desgracia, la solidificación de la «órbita del imaginario» en nombre de la «Disney Corporation» ha terminado eliminando la función «ventana» de las imágenes que permitía el acceso a las «cosas» (es decir, su *visibilidad*); en palabras de Kamper: «La barrera orbital de lo imaginario señala cada imagen en perfecta sucesión como momento de un cerramiento. Justamente las imágenes excelentemente hechas, de la pintura, de la fotografía, del cine, de la televisión, ocupan su lugar irrevocable en el cielo del mundo humano. Por fin cesa la función ventana y la barrera como un todo se transforma en espejo que rechaza el paso de la mirada. Todo lo que se ve es entonces lo propio, lo mismo. Nace una caverna de imágenes que sustituye la caverna del nacimiento de los cuerpos, pero permanece sin su salida».²²

Ahora bien, como sugiere H. Belting: «Sin nuestra mirada las imágenes serían otra cosa o absolutamente nada».²³ Efectivamente, las imágenes se convierten en «pantallas» que re-presentan el mundo por una suerte de *idolatría* según la cual son proyectadas en el exterior sin interpretarlas previamente. Como resultado, la imaginación se torna *alucinación*, de tal suerte que lo «imaginario» ya no es, como lamenta Kamper, sino «la palabra genérica para los sueños muertos de la humanidad, para los artefactos sustitutos de la fuerza de la imaginación, para los restos de todo aquello que se imaginó, que se produjo, que se expuso, para las decepciones de una política utópica de alta-tensión,

²⁰ El término «afánisis» (del griego: «desaparecer», «desvanecerse»), acuñado por Ernest Jones, procede de la jerga psicoanalítica y designa el miedo a perder el deseo que comparten ambos sexos. Por su parte, Lacan alude con él al desvanecimiento del sujeto en el punto de ser constituido *en y por* el lenguaje. Pues bien, si la función simbólica parece condenada a desaparecer es porque implica la pérdida de la «pérdida» que dicha función instancia en la constelación del sujeto (en tanto que escindido por el lenguaje), de tal manera que no hay comunicación posible sino solo código. Cfr. J. BAUDRILLARD, *La ilusión vital. Op. cit.*, p. 80.

²¹ Cfr. V. FLUSSER, *Hacia una fotografía de la fotografía*. México: Trillas/Sillas, 1990, pp. 11-15.

²² D. KAMPER, *Bildstörungen. Im Orbit des Imaginären*. Stuttgart: Cantz, 1994, p. 56.

²³ H. BELTING, *op. cit.*, p. 7.

para los componentes mal administrados de la tecno-imaginación y las formas vacías de la filosofía y del arte —en una palabra: para ensuciar la historia humana que de forma alguna desapareció, sino que se instaló alrededor del globo como una barrera impenetrable. A partir de un determinado momento de la instalación de ese mundo artificial ya no existe más el afuera ni el otro».²⁴ Se entiende, desde esta óptica, la invasión de máquinas fotográficas en la vida cotidiana, cada vez más automáticas, minimalistas y económicas, en un mundo histórico donde parece imposible disfrutar del momento si no es captado fotográficamente (véase el fenómeno *selfie*), reproduciendo por doquier en imágenes redundantes la ilusión patológica que nos aleja de la vida real.

4. El horizonte psicopatológico de la infoesfera

Si bien es cierto que examinar las alternativas del pensamiento crítico ante la clausura acelerada del exuberante imaginario neomítico constituye, a tenor de su manifiesta impotencia frente a las grandes agencias de comunicación global, una tarea perentoria para la filosofía política,²⁵ lo que nos interesa es el escenario psicopatológico que surge cuando «todo se disuelve en signos y abstracción»²⁶ o, para expresarlo en perspectiva histórica, durante la torsión del Capitalismo industrial en Semiocapitalismo, toda vez que la extraordinaria difusión de perturbaciones mentales y conductuales, señalada por todos los índices epidemiológicos publicados durante los últimos tiempos, confirma la experiencia cotidiana de una *antropofagia* cometida por las imágenes en el *infospace*.²⁷

Somos conscientes de que la epidemia psicopática experimentada por la generación postalfabética demanda una clave de lectura irreductible a un solo cuadro patológico. Por ejemplo, Franco Berardi apunta contra los flujos de estimulaciones informativopu-

²⁴ D. KAMPER, *op. cit.*, p. 51.

²⁵ El movimiento de información independiente y resistencia creativa conocido como «activismo mediático» proporciona a la izquierda, más allá de los apologistas (Pierre Levy, Kevin Kelly) y los detractores (Virilio, Bordieu) de la evolución tecnodigital, una estrategia sugestiva y viable para afrontar su compleja encrucijada filosófica, cultural y política. Cfr. F. BERARDI, *op. cit.*, pp. 181-193.

²⁶ H. PROSS, *La violencia de los símbolos sociales*. Barcelona: Anthropos, 1983, p. 31.

²⁷ Cfr. L. SÁEZ RUEDA, «Enfermedades de Occidente. Patologías actuales del vacío desde el nexo entre filosofía y psicopatología», en L. SÁEZ, P. PÉREZ e I. HOYOS (eds.), *Occidente enfermo. Filosofía y patologías de civilización*. Mú-nich: GRIN, 2011, pp. 71-92; pp. 77-78. No deja de ser curioso comprobar cómo, a finales de los setenta, el advenimiento de la época maquina posthumana y sus exigencias productivas y comunicativas desembocó en una epidemia de toxicomanía con consecuencias existenciales y culturales insospechadas para los organismos sensibles humanos, marcada por el consumo de cocaína, en aras de acelerar el ritmo existencial establecido, y de heroína, para lograr evadirse de la velocidad circundante. Sin embargo, a partir de los noventa, los antidepresivos, los euforizantes y los reguladores del humor sustituyen a las drogas ilegales, de manera que el aumento de malestar preponderante es directamente proporcional al crecimiento exponencial de la industria farmacéutica, como reflejan las desorbitadas cifras de ganancias en la venta de fármacos como *Ritalin*, *Prozac* o *Zoloft*. Cfr. F. BERARDI, *La fábrica de la infelicidad. Nuevas formas de trabajo y movimiento global*. Madrid: Traficantes de sueños, 2003, pp. 20-26, pp. 23-24.

blicitarias cuando analiza los motivos ocultos tras la fragilidad de la psicofera en la era de la iconofagia, en tanto que determinan la hipersexualización de la sociedad y la creciente des-sensibilización concomitante, en perjuicio de la facultad de comprender los signos que escapan a la modalidad conectiva de la codificación digital. Asimismo, constituyen un factor de hiperexcitación patógena del sistema emocional, ya que generan con frecuencia patologías de sobrecarga excitante (pánico, dislexia, trastornos de déficit de atención), así como inestabilidad, neurastenia, irritabilidad patológica, agresividad competitiva, trasgresión violenta de las reglas o afirmación impetuosa de la propia expresividad. Paradójicamente, aunque no se trata de patologías neuróticas producidas por una represión de potencialidades libidinales, como enseña la ortodoxia psicoanalítica, sino de patologías de la «hiperexpresión» o psicóicoesquizoides, promovidas por la descarga expresiva del *just do it*, la hipermovilización nerviosa y el estrés informativo también conllevan, cuando son frustrados, patologías de desinversión de la energía libidinal complementarias y simultáneas (depresión, autismo), como prueban la virtualización del otro, la rarefacción del contacto afectivo, la inexpressividad emocional, la soledad generalizada (física y psíquica), la ansiedad, la sensación de inseguridad, el miedo al futuro, la tendencia al suicidio y otras formas sintomáticas de malestar en la cultura.²⁸

Sin embargo, estamos abocados a circunscribir nuestra investigación, por motivos de espacio, a una de las patologías con mayor alcance epidémico en el Semiocapitalismo, a saber, la *esquizofrenia*. Desde una perspectiva semiopatológica, podemos contemplar la esquizofrenia, a tenor de la transformación mediática de la comunicación social y la vida humana, como «un exceso del flujo semiótico en relación con la capacidad de interpretación».²⁹ Gracias al desarrollo de los medios de reproducción, el sistema tecnomediático lleva hasta el extremo la lógica inherente a la historia de la imagen, en virtud de lo cual cada imagen implica un grado de referencia tan elevado que termina generando una «perspectiva en abismo» (Peñuela Cañizal), un sumidero de inescrutables fragmentos arqueológicos cuya proliferación excede nuestra capacidad de asimilarlos. Como apuntamos más arriba, la materia física del organismo perceptivo y consciente tiene límites naturales imborrables y, hablando en términos informáticos, no estamos formateados con los mismos códigos que los emisores digitales, de tal suerte que el proceso de comunicación se torna asimétrico y perturbado, rompiendo la relación entre conciencia y proceso real y, por ende, la posibilidad de producir el acontecimiento. Consecuentemente, estimula una suerte de hipercinesia interpretativa por la que extendemos los límites del significado mediante procesos de «sobreinclusión» (*overinclusion*), espirales asociativas, conexiones asignificantes y transferencias rápidas, en

²⁸ Cfr. *ibíd.*, pp. 197-248.

²⁹ *Ibíd.*, p. 219.

lugar de elaborar críticamente el sentido de los estímulos y enunciados según estrategias lineales de secuencia.³⁰

4.1. La teoría del «doble vínculo» de la esquizofrenia

Vistas así las cosas, es de recibo lanzar una mirada más profunda al exceso informativo que nos acecha, con el objeto de dilucidar la especificidad de la esquizofrenia en el horizonte psicopatológico de la infocracia contemporánea. Y es que, en última instancia, el aspecto decisivo para la modalidad de la comunicación y la interpretación de los propios mensajes no es, como revela la intuición fundamental de McLuhan, sino la *estructura* organizativa y tecnológica del medio.

Para realizar una semiótica de la esquizofrenia a la altura del acontecimiento, nos remitimos a la teoría del «doble vínculo», concebida por Gregory Bateson junto a Paul Watzlawick en el afán por explicar la etiología de la patología en cuestión a partir del análisis de las comunicaciones y las observaciones de pacientes esquizofrénicos. Profundamente marcado por la revolución cibernética de la segunda mitad del siglo XX, la propuesta de Bateson desafía la tendencia, predominante en las ciencias de la conducta, de prescindir de los aspectos abstractos de la investigación, pues hunde sus raíces en la fisiología de Cannon y Claude Bernard, la física de Clarke Maxwell y, sobre todo, la filosofía matemática de Russell y Whitehead,³¹ con el propósito de aplicar, sobre la base de la analogía parcial que vincula el mundo abstracto de la lógica con el de los fenómenos, la teoría de los «tipos lógicos» (Russell) al concepto de «aprendizaje».³²

Según su hipótesis, la determinación de la esquizofrenia tiene un componente experiencial, dado que surge de los patrones de relación recurrentes donde se desempeña el sujeto y, particularmente, en las situaciones de «doble vínculo», mientras que sus síntomas remiten, como descubrió Jay Haley, a trastornos o incongruencias entre los niveles lógicos de la comunicación, por razón de una modificación o distorsión sumamente abstracta y formal del proceso de aprendizaje.³³ Naturalmente, existen componentes

³⁰ Se trata, según Virilio, de una catástrofe temporal que devasta, más allá del plano cognitivo, los fundamentos antropológicos de la democracia y su condición comunitaria, a costa de la universalidad humana. *Cfr. ibíd.*, pp. 184-187.

³¹ *Cfr.* A. N. WHITEHEAD y B. RUSSELL, *Principia Mathematica*. Cambridge: Cambridge University Press, 1910.

³² *Cfr.* G. BATESON, «Las categorías lógicas del aprendizaje y la comunicación», en *Pasos hacia una ecología de la mente. Una aproximación revolucionaria a la autocomprensión del hombre*. Buenos Aires: Lohlé-Lumen, pp. 197-217.

³³ Aunque los individuos involucrados en las secuencias de experiencias etiquetadas como «doble vínculo» adquieren con frecuencia los hábitos mentales ejemplificados en la comunicación esquizofrénica, sus derivaciones no se cifran necesariamente en un solo patrón de conducta, sino que también pueden desencadenar síndromes no patológicos, relacionados con el humor, la poesía, etc. En este sentido, la teoría del «doble vínculo» abarca, digamos, un género de síndromes «transcontextual». *Cfr.* G. BATESON, «Doble vínculo, 1969», en *op. cit.*, pp. 191-196, p. 192.

genéticos en la etiología de la esquizofrenia, en virtud de los cuales cada individuo es, potencialmente, más o menos propenso a desarrollarla. En este contexto, no sabemos si es, como piensan los mendelianos, un único gen dominante de «baja penetración», o bien una constelación de genes aquello que altera ciertos patrones del proceso de aprendizaje, desencadenando síndromes esquizofrénicos bajo ciertas formas de tensión ambiental. En cualquier caso, los impactos del ambiente afectan, por utilizar la jerga genética, sobre la cadena de procesos fisiológicos y embriológicos que remiten al genotipo en todo cambio del fenotipo.³⁴

Aunque el «doble vínculo» responde a una paradoja comunicativa («doble recepción») con motivos descritos e ilustrados, a la luz de casos clínicos y reales, en familias con un miembro esquizofrénico,³⁵ también es verdad que no radica en una experiencia traumática específica de la etiología infantil. De hecho, la constelación traumática producida por la interacción familiar bajo el signo del «doble vínculo» extiende su influencia en el juego, el ritual, la ficción, el humor y, especialmente, la sociedad de la información, hasta el prurito de constituirse como uno de los síndromes por excelencia en nuestra «época de la técnica» (Heidegger). De hecho, el «doble vínculo» ocupa un lugar común en los medios de comunicación; a menudo, los programas de televisión pregonan y violan los mismos valores morales arbitrariamente, lo cual genera conflictos en la audiencia, sobre todo si se trata de niños o personas con escasa disposición crítica. En cualquier caso, las situaciones de «doble vínculo» comprenden una estructura formal idéntica en la familia y la infoesfera.³⁶

- a) Dos o más personas.
- b) Experiencia repetida.
- c) Un mandato primario negativo.
- d) Un mandato secundario en conflicto con el primero en un nivel más abstracto, ambos reforzados por castigos o señales que anuncian un peligro para sobrevivir.

³⁴ Desgraciadamente, estamos lejos de conocer el punto de intersección entre las determinaciones experiencial y genética de la esquizofrenia. Por un lado, no es posible determinar, como ocurre con cualquier forma de conducta comunicativa (habilidad matemática, composición musical, humor...), los eslabones específicos sobre los cuales obtienen resonancia los impactos ambientales, no solo por su complicada jerarquía, sino, especialmente, porque la conducta esquizofrénica puede modificar los mismos factores ambientales (por ejemplo, promoviendo sus propios síndromes) y, por tanto, la interrelación entre genotipo y fenotipo escapa a toda lectura determinista. Por otro lado, tampoco somos capaces de establecer exactamente el influjo de los factores genéticos, dadas las circunstancias experienciales propicias, sobre la aparición en el fenotipo de la potencialidad latente, más allá de que los individuos esquizofrénicos porten un único gen para la esquizofrenia o varios. *Cfr.* G. BATESON, «Requisitos mínimos para una teoría de la esquizofrenia», en *op. cit.*, pp. 174-190, pp. 183-187.

³⁵ Sirva como botón de muestra la siguiente descripción, corroborada mediante ejemplos clínicos, de una situación familiar de «doble vínculo» entre madre e hijo: *Cfr.* G. BATESON, «Hacia una teoría de la esquizofrenia», en *op. cit.*, pp. 146-163, pp. 153-160.

³⁶ *Cfr. ibíd.*, pp. 150-151.

e) Un mandato negativo terciario que prohíbe a la víctima escapar del campo.

f) Cuando la víctima aprende a percibir su universo bajo patrones de «doble vínculo», el conjunto de condiciones deja de ser necesario y cualquier parte de una secuencia puede desencadenar pánico, cólera e, incluso, alucinaciones.³⁷

En las situaciones de «doble vínculo», el individuo experimenta la necesidad de discriminar el tipo de mensaje que recibe para responder adecuadamente. Sin embargo, como recibe órdenes contradictorias o mensajes emocionales en diferentes niveles de comunicación, se muestra impotente a la hora de formular una enunciación metacomunicativa, es decir, hacer comentarios directos o indirectos al respecto: «En la religión oriental, en el budismo zen, la meta es lograr la iluminación. El maestro zen intenta provocar la iluminación en su alumno por diversos medios. Unas de las cosas que hace es levantar una vara sobre la cabeza del discípulo y decir amenazadoramente: “Si dices que esta vara es real, te golpearé con ella. Si dices que esta vara no es real, te golpearé con ella. Si no dices nada, te golpearé con ella”. Sentimos que el esquizofrénico se encuentra continuamente en la misma situación que ese discípulo, pero lo que consigue es algo semejante a la desorientación y no a la iluminación».³⁸ El «doble vínculo» incide, en efecto, sobre un elemento extremadamente abstracto (pero vitalmente crucial) del proceso de comunicación, a saber, el uso de lo que Bateson denomina «señales identificadoras de mensajes», sin las cuales el «yo» no se atreve a discriminar entre los hechos (lo literal) y las fantasías (lo metafórico).

Como sabemos por las evidencias empíricas que proporciona la antropología, la capacidad humana para identificar, con el contexto como guía, las categorías donde se inscriben los mensajes posee un alcance universal. Si bien es cierto que nuestros recursos lingüísticos al respecto son medios no verbales (contexto, postura, gesto, expresión facial, entonación, etc.), hemos desarrollado una habilidad extraordinaria para estructurar mensajes, hasta el punto de que no solo somos capaces de establecer identificaciones gruesas del metamensaje que los clasifica, sino que solemos manejarnos con éxito a la hora de identificar niveles múltiples. Se trata, en efecto, de una capacidad prácticamente milagrosa, en la medida que nadie es plenamente consciente de lo que permite conocer el tipo de mensaje recibido sino que, por así decirlo, realizamos una conjetura acertada.

Pero precisamente por la complejidad que supone, muchos individuos tienen grandes dificultades para reconocer qué tipo de comunicación procede de sus aparatos tecnocomunicativos: «Hay personas que, por ejemplo, cuando la protagonista de una

³⁷ Cfr. G. BATESON (ed.), *Perceval's narrative: a patient's account of his psychosis, 1830-1832*. Londres: The Hogarth Press, 1962.

³⁸ G. BATESON, «Hacia una teoría...». *Op. cit.*, pp. 151. Cfr. G. BATESON, «A theory of play and fantasy: a report on theoretical aspects of the project for study of the role of paradoxes of abstraction in communication». *Psychiatric Research Reports* [Arlington], 2, 1995, pp. 39-51.

novela lacrimógena radial o televisiva sufre un resfriado, enviarán una caja de aspirinas a la estación emisora o recomendarán un procedimiento infalible para curar ese resfriado, a pesar de que esa protagonista es un carácter ficticio». ³⁹ De hecho, a pesar de que muchos autores mantienen que la conducta esquizofrénica es irreductible, no es difícil tener problemas de este tipo en las situaciones de comunicación cotidianas (por ejemplo, cuando intentamos averiguar, mediante la referencia del tiempo o de algún órgano sensorial específico, si un sueño es un mero producto de nuestra fantasía o si pertenece a la vida real), ya que implican ciertos principios generales imprescindibles en toda modalidad comunicativa.

Pues bien, si la repetición constante de situaciones de «doble vínculo» representa, a nuestro juicio, el principal determinante de la esquizofrenia es porque, bajo sus circunstancias, se torna prácticamente imposible implementar esa capacidad de seleccionar los rótulos más abstractos con vistas a «puntuar» cabalmente los acontecimientos. En este sentido, la esquizofrenia pertenece al conjunto de psicopatologías relacionadas con un manejo defectuoso de los marcos de referencia por parte de un «yo débil», en la medida que «impide identificar e interpretar aquellas señales que deberían servir para decir al sujeto qué clase de mensaje es [o a qué orden pertenece] un mensaje por él recibido» ⁴⁰ o, en términos de Russell, las señales de aquella clase cuyos miembros asignan tipos lógicos a otras señales. En definitiva, la debilidad de la «función del yo» que define la esquizofrenia se cifra en la incapacidad para discriminar distintos tipos lógicos, a fin de asignar el modo comunicacional correcto a los mensajes recibidos.

Para profundizar en los motivos ocultos tras las dificultades del esquizofrénico, es de recibo traer a colación uno de los pilares fundamentales de la tesis del «doble vínculo», a saber, la teoría del «deuteroaprendizaje» ⁴¹ o del «aprendizaje de conjuntos», ⁴² en lo que constituye, como saben psiquiatras, antropólogos y educadores, un tipo lógico de aprendizaje crucial, en la medida que determina, ya desde su infancia, el carácter del individuo y los procesos de cambio en las relaciones humanas. Como todo sistema biológico, somos capaces de múltiples cambios adaptativos que dependen, en cualquier caso, de ciertos *circuitos de retroalimentación*. Independientemente de que provengan de la adaptación natural o del esfuerzo individual, dichos circuitos implican un proceso de *ensayo y error* y un mecanismo de *comparación*, con la finalidad de obtener un «refuerzo positivo». Ahora bien, en la medida que el error es física y/o biológicamente costoso, el cambio adaptativo debe ser *jerárquico*, de manera que formamos *hábitos*

³⁹ *Ibid.*, p. 144.

⁴⁰ G. BATESON, «Epidemiología de una esquizofrenia», en *op. cit.*, pp. 142-146, p. 142.

⁴¹ *Cfr.* G. BATESON, «Social Planning and the Concept of Deutero-Learning», en *Steps to an ecology of mind: Collected essays in anthropology, psychiatry, evolution, and epistemology*. San Francisco: Chandler, 1972, pp. 159-176.

⁴² *Cfr.* H. E. HARLOW, «The Formation of Learning Sets». *Psychological Review* [Washington D. C.], 56, 1949, pp. 51-65.

para reducir lo máximo posible el margen de error cuando atendemos demandas ambientales o fisiológicas. De este modo, *aprendemos a aprender*, es decir, *deuteroaprendemos*. La economía del hábito implica, empero, presuponer sus premisas siempre que lo empleamos, con lo cual nos pasan desapercibidas.⁴³

En tal disposición de los términos, Bateson advierte que las situaciones de «doble vínculo» contienen, en el caso del esquizofrénico, el componente experiencial de la génesis del embrollo en las premisas de sus hábitos y, concretamente, en aquellas premisas encaminadas a manejar exitosamente, como «acuerdos tácitos» sobre su naturaleza (esto es, los «marcadores» del contexto, la conducta del sujeto y los acontecimientos externos), la clase de proposiciones que describen y determinan los patrones inmanentes a la combinación de mensajes que constituye la relación interpersonal, proponiendo un contexto solamente *por mor* del cual los mensajes adquieren diversos «significados», dependiendo de su estatus en la estructura contextual. En la medida que interrumpe la trama de dicha estructura, el «doble vínculo» promueve los llamados síndromes «transcontextuales», esto es, los síndromes esquizofrénicos tal y como los hemos caracterizado.

4.2. Hacia una epidemiología de la esquizofrenia

Así entendida, la teoría del «doble vínculo» proporciona una respuesta satisfactoria a la pregunta por las razones que llevan a desarrollar, ante el exceso energético de la infoesfera, una capacidad imperfecta en el punto de discriminar diferentes señales específicas. Ahora bien, para completar nuestra hipótesis sobre la etiología de la esquizofrenia con un cuadro de su sintomatología, se impone la tarea de examinar el peculiar lenguaje que constituye la «ensalada de palabras» del esquizofrénico, con el objeto de esclarecer la situación traumática que representa su embrollo metacomunicativo, siguiendo el hilo de Ariadna que nos ha guiado hasta ahora.

Tras el sonado fracaso del conductismo, no tiene sentido seguir etiquetando con categorías rígidas, es cierto, los agenciamientos e hibridaciones entre los individuos y su entorno social. Sin embargo, entendemos necesario traer a presencia, para ser lo más sistemáticos posible, la clasificación de síntomas esquizofrénicos concebida por Bateson, teniendo en cuenta que toda tentativa por establecer una frontera impermeable entre ellos (incluido el recurrente «colapso psicótico») es, para darle voz a Derrida,

⁴³En lo que concierne al carácter inconsciente de nuestros hábitos de puntuación, el «inconsciente» implica tanto el material reprimido como la mayoría de procesos de la producción gestáltica. Si bien percibimos subjetivamente nuestra dependencia, desconocemos las claves que utilizamos para crear cualquier patrón. Cfr. G. BATESON, «Las categorías lógicas...». *Op. cit.*, p. 212. Por otra parte, el hábito solo ofrece sus mejores prestaciones ante relaciones formales cuyas verbalizaciones codificadas tienen un valor de verdad general o repetitivo, por lo que sus premisas comprenden siempre un nivel de abstracción relativamente alto. Cfr. G. BATESON, «Doble vínculo, 1969». *Op. cit.*, p. 194.

«indecidible». Aunque no somos partidarios de someter al yugo de categorías rígidas, tras el sonado fracaso del conductismo, los agenciamientos e hibridaciones entre los individuos y su entorno social, no nos resistimos, para ser lo más sistemáticos posible, a traer a presencia la clasificación de síntomas esquizofrénicos según Bateson, sin perder de vista que toda tentativa por establecer una frontera impermeable a propósito (incluido el recurrente «colapso psicótico») es, para darle voz a Derrida, «indecidible». En un extremo, la forma más acuciante de sintomatología es lo que Bateson denomina esquizofrenia «patente», esa conducta desviada completamente de los códigos culturales para la cual ningún mensaje (interno o externo) tiene un tipo lógico definido, protagonizando una historia embrollada de anécdotas desvariadas y errores exagerados con desenlaces imprevistos: «Lo literal se confunde con lo metafórico, los mensajes internos se confunden con los externos. Lo trivial se confunde con lo vital. El generador del mensaje se confunde con el receptor y el receptor con la cosa percibida. Y así sucesivamente».⁴⁴ Por otra parte, tenemos el tipo «encubierto» de esquizofrenia, cuando los individuos cambian constantemente el tipo lógico de los mensajes, aunque de manera menos flagrante que los esquizofrénicos más herbeféricos. Se trata de un sistema de conducta más violento y paranoide que la esquizofrenia «patente», en tanto que descalifica sistemáticamente la motivación del emisor y sus propios mensajes como réplicas inadecuadas; adherido rígidamente a sus patrones de incoherencia, el esquizofrénico encubre su patología, pues, lanzando reproches sobre el otro.

Con su sistema metacomunicativo totalmente derrumbado e incapaz, por ende, de interpretar con un mínimo de credibilidad, a la vista del contexto, el gesto o el tono de voz del otro, el significado de sus palabras, las relaciones sociales del esquizofrénico denotan un patrón sistemático. No obstante, existen varias alternativas para defenderse. Por ejemplo, puede mostrarse suspicaz y desconfiado, sospechando continuamente que todos los enunciados y acontecimientos circundantes resultan perjudiciales para su bienestar. También puede aceptar literalmente todas las opiniones y restarles importancia. O bien puede ignorarlas, desentenderse del mundo externo y aislarse en sí mismo, evitando por todos los medios recibir mensajes manifiestos. Convertido, por así decirlo, en un sistema autocorrectivo que ha perdido su regulador, su vida transcurre, en cualquier caso, por una espiral de distorsiones interminable (alteraciones de la personalidad, delirios, alucinaciones, amnesia, etc.).

Para más escarnio, el esquizofrénico no solo manifiesta debilidad a la hora de discriminar el modo comunicativo de los mensajes que recibe, sino que, por extensión, presenta las mismas dificultades con los mensajes que profiere, además de sus propios pensamientos, sensaciones y preceptos. Baudrillard tenía, efectivamente, toda la razón: «Lo que caracteriza a los *mass media* es el hecho de que estos son antimediado-

⁴⁴ G. BATESON, «Requisitos mínimos para...». *Op. cit.*, p. 185.

res, intransitivos y que fabrican la no comunicación, si aceptamos definir la comunicación como un intercambio, como el espacio recíproco de una palabra y de una respuesta, por lo tanto, de una responsabilidad». ⁴⁵ Ahora bien, la «ensalada de palabras» del esquizofrénico no puede definirse, en términos de Von Domarus, como una estructura silogística aberrante, en el sentido de que identifica los predicados negligerentemente. ⁴⁶ Bien pensada, la dimensión patológica de la esquizofrenia no estriba en manejar metáforas con profusión sino en emplear metáforas *no rotuladas*, de modo que el esquizofrénico se muestra incapaz de reconocer el carácter metafórico de sus fantasías. En lo que serían constelaciones triádicas de mensajes, omite el mensaje que tiene por finalidad establecer el marco de referencia (por ejemplo, la expresión «como si»), relata la fantasía y actúa como si fuera un mensaje del tipo más directo. Como en el caso de los sueños, donde no percibimos que soñamos, la ausencia de una constitución de marcos metacomunicativos es la orden del día en la vida de vigilia del esquizofrénico.

4.3. La esquizofrenia como patología de civilización: más allá de la psicopatología individual

La esquizofrenia constituye, a tenor de los resultados obtenidos, un reto ineludible para rescatar la dimensión terapéutica de la filosofía del monopolio ejercido por el gran aparato psicológico-psiquiátrico desde los tiempos modernos, contribuyendo de este modo a su presencia efectiva en el mundo real, más allá del reducto académico que determina su clausura. Aunque abordar semejante tarea rebasaría los límites del presente trabajo, no nos resistimos a señalar una nota preliminar imprescindible no solo en lo que concierne al fenómeno que nos ocupa, sino para afrontar con garantías el nuevo malestar en la cultura y sus múltiples enfermedades de superficie desde la única perspectiva apropiada, a saber, la concepción de la filosofía como *therapeía tês póleōs*.

Aunque somos conscientes de la devastación del psiquismo individual, no podemos continuar marginalizando indefinidamente la enfermedad mental, como pretende el poder económico, en los confines de cada biografía personal, pues, en la medida que sus síntomas impregnan progresivamente, como una mancha de aceite, lo que viene denominándose *éthos* desde el mundo griego (esto es, la nervadura que articula las prácticas colectivas en el «mundo de la vida», nuestros hábitos, costumbres y experiencias cotidianas, sin menoscabo de la estructura formal de la racionalidad), la esquizofrenia pone de manifiesto la erección de la enfermedad mental al rango de epidemia

⁴⁵ Cfr. F. BERARDI, *La generación post-alfa...* *Op. cit.*, p. 162.

⁴⁶ Cfr. E. VON DOMARUS, «The Specific Laws of Logic in Schizophrenia», en J. S. KASANIN (ed.), *Language and Thought in Schizophrenia*. Berkeley: University of California Press, 1944.

social y, en concreto, sociocomunicativa: «No se puede decir: “Estás agotado, tómate unas vacaciones en el Club Méditerranée, tómate una pastilla, cúrate, deja de fastidiar, recupérate en el hospital psiquiátrico, mátate”. No se puede, por la sencilla razón de que no se trata de una pequeña minoría de locos ni de un número marginal de deprimidos. Se trata de una masa creciente de miseria existencial que tiende a estallar cada vez más en el centro del sistema social».⁴⁷ Y es que, por efecto del crecimiento desmesurado de la infoesfera en términos de densidad y espesor, lo cierto es que todos estamos sometidos a las condiciones establecidas por la comunicación esquizofrénica (o sea, por las situaciones de «doble vínculo»), en lo que constituye una mutación de la cognición colectiva en toda regla, más aún, la institución del registro esquizofrénico como modo de interpretación dominante de nuestra época.⁴⁸

Así pues, la esquizofrenia posee una centralidad metodológica y cognoscitiva ineludible para entender los procesos sociales contemporáneos. Ahora bien, el desfallecimiento de la competencia crítica a la hora de identificar el valor de verdad o falsedad de los enunciados por parte del sistema cognitivo colectivo y la correspondiente confusión indiscriminada entre las metáforas y las cosas tienen como correlato un fenómeno, cuanto menos, inquietante. Nos referimos al desvanecimiento del hiato esencial que separa la *representación* de la *vida* en esa constelación que Baudrillard denomina «hiperreal»: «No se trata ya de imitación ni de reiteración, ni siquiera de parodia, sino de una suplantación de lo real por los signos de lo real, es decir, de una operación de disuasión de todo proceso real por su doble operativo, máquina de índole reproductiva, programática, impecable, que ofrece todos los signos de lo real y, en cortocircuito, todas sus peripecias».⁴⁹ En contraste con la muerte de Dios anunciada por Nietzsche, la metástasis de la realidad no designa un asesinato simbólico sino un exterminio a gran escala. Tampoco es un exterminio físico y radical, como el holocausto nazi. Nos referimos a un exterminio más literal y, simultáneamente, más metafórico, en el sentido que sugiere el término «*ex-terminis*», según el cual nos dirigimos inexorablemente allende nuestra propia finalidad, allí donde no existe ninguna razón de ser.⁵⁰

⁴⁷ F. BERARDI, *La fábrica de...* *Op. cit.*, p. 24.

⁴⁸ La crítica de patologías civilizatorias ocupa un lugar común en la historia de las ideas, desde las reflexiones en el mundo antiguo sobre el destino de la *pólis* hasta el desenmascaramiento de los nuevos rostros del «nihilismo» a manos de Nietzsche, Heidegger, la Escuela de Frankfurt o el Postestructuralismo. Como poste indicador de nuestra perspectiva, Platón presenta al filósofo en el *Gorgias* como alternativa crítica del político realista, responsable de provocar una enfermedad en la ciudad que la ha dejado «hinchada y emponzoñada» (518e4-519a1). En la *República*, advierte que el estado de la ciudad ateniense no es sano sino «afiebrado» (372e7-8), de manera que toda su producción política, ética y psicológica posterior gira en torno a una concepción de la filosofía como terapia orientada al ámbito comunitario, en tanto que la construcción de la ciudad ideal exige una consciencia clara de las patologías que representan una amenaza para el *éthos*.

⁴⁹ J. BAUDRILLARD, *Cultura y simulacro*. Barcelona: Kairós, 1978, p. 7.

⁵⁰ *Cfr.* J. BAUDRILLARD, *La ilusión vital*. *Op. cit.*, pp. 53-54.

De tal suerte que la *antropofagia* de las imágenes cobra un alcance existencial, no ya como una apropiación sino a modo de *expropiación*, como sugiere la etimología del término «persona» (‘máscara de teatro’); en palabras de Baitello: «Alimentarse de imágenes significa alimentar imágenes, confiriéndoles sustancia, prestándoles los cuerpos. Significa entrar en ellas y transformarse en personaje». ⁵¹ Efectivamente, hubo de pasar largo tiempo para comprender, en los entresijos del universo de la simulación digital, lo que estaba en juego con la crítica del *Dasein* cotidiano en *Ser y Tiempo* y, específicamente, con el existenciario de la «ambigüedad». ⁵² La espera, empero, ha merecido la pena, pues resulta difícil imaginar unos conceptos más afortunados que los de «sociedad del espectáculo» (Debord) ⁵³ y «simulacro» (Baudrillard) ⁵⁴ a la hora de proyectar las misivas heideggerianas en el presente inmediato, mostrando con inusitada elocuencia el nexo inextricable que vincula, según nuestra hipótesis, la esquizofrenia y las imágenes en nuestro modo de vida.

Se trata del espectáculo como vida en la *imagen*, esto es, la autoexposición orgánica y estática, sistemática e histriónica de sus propias inferencias inmanentes, esa pujante apariencia artificial cuya puesta en escena sustituye lo real en nombre de una voluntad compulsiva por experimentar el mayor número posible de «esferas de pertenencia» (Simmel), como prueban la imprecisión sistemática de las creencias y los roles, la desestabilización acelerada de las personalidades y un largo etcétera de procesos colectivos de esquizofrenia donde el colmo de la ilusión coincide, parafraseando a Feuerbach, con el colmo de lo sagrado. Como advierte Debord, estamos condenados a vivir en un mundo invertido, en el sentido de que la mentira se ha mentido a sí misma, y lo verdadero ya no es más que un momento de lo falso. En este contexto, el hombre de farándula encarna, en su condición de paradigma social, la evanescencia del estar sobre el «rastros» que representa la «ambigüedad», esa ficción de libertad que oculta, tras las múltiples fórmulas independientes, combinaciones y opciones de *looks* o «presentaciones del yo» que los dioses menores de la publicidad y del *marketing* hacen posible, la radical imposibilidad de abrazar una presencia real que todos padecemos en la era de la

⁵¹ G. BAITELLO, *op. cit.*, p. 166. La devoración de los cuerpos por las imágenes constituye un proceso *invisible*, consolidado anónimamente por rutinas cotidianas que responden a la arbitrariedad de la moda, la necesidad de hacerse visible o la velocidad vertiginosa de los tiempos de producción. No obstante, el episodio final, mediático y heroico de la vida de Bill Biggart, muerto sobre los escombros de las Torres Gemelas del *World Trade Center* en septiembre de 2001, no deja lugar a dudas sobre el proceso de transformación del cuerpo en imagen por no resistir la tentación de entrar en la imagen. En efecto, las fotos digitales (rescatadas de su cámara carbonizada y mostradas al mundo a través de la *web*) manifiestan la entrada suicida del fotógrafo norteamericano en el mundo de la imagen espectacular creada por los atentados en los instantes previos al segundo desmoronamiento, con el objeto de penetrar, expropiándose de sí mismo, en el espacio-tiempo de las imágenes. *Cfr. ibid.*, pp. 166-167.

⁵² *Cfr.* M. HEIDEGGER, *Ser y Tiempo*. Madrid: Trotta, 2012, pp. 191-193.

⁵³ *Cfr.* G. DEBORD, *La sociedad del espectáculo*. Valencia: Pre-textos, 1999.

⁵⁴ *Cfr.* J. BAUDRILLARD, *Il patto di lucidità o l'intelligenza del male*. Milán: Raffaello Cortina, 2006.

simulación. Si en el mundo virtual no queda nada de la realidad (ni siquiera su cadáver) es porque no ha muerto, como lo hizo Dios. Simplemente, ha desaparecido.

Borja GARCÍA FERRER

Universidad de Granada

borja_co@hotmail.com

Article rebut: 12 de gener de 2015. Article acceptat: 13 de juliol de 2015